

BIBLIOTECA SELECTA

Corazones dormidos



RAMÓN SOPENA

PROVENZA 93-97
BARCELONA

12 C. - 1 his
52



00040651

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

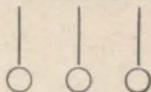
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 21 de septiembre de 1917.

IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART
POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M. FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



CORAZONES DORMIDOS

29.110



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97
1930



Derechos reservados.

00000

CORAZONES DORMIDOS

I

¡Qué día tan triste para el pobre don Severo! El cielo otoñal, ocultando tras su velo de melancólicas brumas los alegres rayos solares, reflejaba sobre *La Rosetta*, casa de campo rodeada de millares de hectáreas de terreno regable y de secano, un tinte gris de aflicción y pesadumbre.

Era uno de esos días en que la Naturaleza semeja la decoración escenográfica apropiada para la representación de una tragedia.

Y, en verdad, era trágico, horriblemente trágico, el suceso que, en medio de aquel grandioso escenario campestre, hacía sufrir en silencio al corazón de un padre.

Don Severo Galliera, sentado en su despacho, apoyada en las manos su frente, y

los codos sobre la mesa, parece la imagen de la meditación.

De cuando en cuando aparta las manos que sombrean su rostro, abre sus ojos, que dan paso a dos lágrimas en las que cristalizó la pena, y dirige una mirada, a través de los cristales del balcón, hacia la huerta y el arbolado que se extienden ante la magnífica mansión que lleva el nombre de *La Rosetta*.

Cuando las lágrimas han rodado por sus mejillas y han quedado adheridas a su rizada barba como gotas de rocío, cierra los ojos, apoya otra vez en las manos la frente, y vuelve a quedar inmóvil, sumido en profunda reflexión.

Al verle así durante una hora, cualquiera creeríale entregado al sueño. Sin embargo, sus facultades viven tal vez con más intensidad que nunca.

Una vocecita de timbre argentino, dulce y acariciante, entona en el jardín un canto popular napolitano. Esta voz hace estremecer a don Severo Galliera, que, recostándose pesadamente en el respaldo del viejo sillón, exclama suspirando :

—¡Pobrecita!

Y, como si aquella exclamación hubiera abierto las válvulas de su pecho y de sus ojos, se entrega de lleno a la manifestación de su pena, sollozando sin cesar y derramando torrentes de lágrimas.

¿Cuál es la causa de sus amarguras?

El señor Galliera había heredado de sus padres, a la par que un ardiente amor al trabajo, un saneado patrimonio. La grandiosa finca que, situada cerca de Nápoles, se extendía por aquellos contornos y parecía perderse en el horizonte, sin que la vista alcanzase sus límites, daba una idea de la cuantiosa herencia que había pasado a manos del primogénito de la casa.

El señor Galliera tenía dos hijos, Benvenuto y Fiametta. La esposa había fallecido al dar a luz a la niña, hacía doce años.

Deseoso de que Benvenuto adquiriese la ilustración necesaria y conveniente a la época, habíale enviado a la ciudad, quedando él, como hasta entonces, al frente de la hacienda.

Don Severo encargó a una familia ami-

ga la vigilancia de Benvenuto, encargo difícil, que no todos saben cumplir aunque para ello les sobre buena voluntad, porque, además de ésta, requiérense otras condiciones, entre ellas el sacrificio de la propia libertad, que muchos no pueden sufrir por largo tiempo.

Quiere decir esto, que Benvenuto, al cabo de algunos meses, estaba abandonado a sus gustos y caprichos, y a cuantas tentaciones asedian a los jóvenes en las grandes poblaciones, donde el vicio, en sus diversas variedades y manifestaciones, ha sentado su trono.

Uno de los vicios que más arraigó en su corazón fué el del juego.

En ningún hombre de sana razón es disculpable; pero menos que en los demás, en los ricos.

¿Qué aliciente puede tener el juego para ellos? No será, ciertamente, el placer. Mil veces hemos leído que los jugadores sufren constantemente. La prueba es que adquieren enfermedades cardíacas que les llevan al sepulcro.

Tampoco serán las riquezas; porque las

tienen ya. ¡ Mayores riquezas ! ¡ La ambición ! Sí, sí, eso les mueve a jugar, no contando con que, sin el aliciente del placer ni el de las comodidades, se exponen a las mayores desgracias, es decir : a que en una noche, en unos minutos, queden arruinados ; y ellos y su familia en el abandono y miseria más desoladores.

Benvenuto, obsesionado por la funesta aspiración a ser multimillonario, fué perdiendo cantidades considerables, que el padre pagaba transido de dolor, con objeto de cubrir las faltas de su hijo, que podrían acarrear fatales consecuencias al buen crédito de la casa. Al envío de cada suma acompañaba el señor Galliera una larga carta repleta de saludables consejos escritos con mano trémula e inspirados por un corazón paternal que presiente un fin desdichado para su hijo.

¡ Cuántas veces le habría negado los socorros pecuniarios si no hubiera creído firmemente que Benvenuto, puesto ya en la pendiente, rodaría con más rapidez al abismo !

El señor Galliera procuraba ganar tiem-

po, a costa de tan grandes sacrificios, para ver si su hijo, víctima de un desengaño, tenía un momento de lucidez y de arrepentimiento.

Hasta que un día vióse precisado a hipotecar una casa, y luego otra, y más tarde a vender una posesión, y más adelante otra.

¡Qué cartas, qué avisos y consejos tan bondadosos los suyos!

Pero eran estériles. Benvenuto rodaba ya con rapidez vertiginosa al fondo de las miserias más repugnantes, y tras él hundíase su patrimonio junto con el de su joven hermana, y con la felicidad de su mismo padre.

Y sucedió lo que lógicamente debía acontecer.

El señor Galliera acababa de recibir una carta en la que se le disparaba, a boca de jarro, la siguiente noticia :

«Dentro de ocho días pasaremos a ocupar la finca denominada *La Rosetta*, vendida por su hijo en dos millones de liras. Sus affmos...»

La ironía sangrienta de la palabra *venida*, no podía ser más patente. Y aquello de... *sus afectísimos*, era para llegar al colmo de la desesperación.

El señor Galliera, encerrado en su despacho, recostado en el respaldo del viejo sillón, sollozaba como un niño. A través del manantial de sus lágrimas y de los cristales del balcón, lanzaba tristes miradas hacia aquella inmensa hacienda que, bajo un cielo gris y en un día pesadamente melancólico, parecía reflejar también la inmensa pesadumbre del afligido corazón del bondadoso padre.

II

La vocecita seguía su canto, salpicando de notas alegres la misteriosa y fúnebre partitura que ejecutaba la Naturaleza.

Fiametta ignoraba lo ocurrido. Ni presentía siquiera la tremenda desgracia que, como fiera hambrienta, aullaba furiosamente a dos pasos de allí, pretendiendo

arrebatarse hasta las lindas macetas que en aquellos momentos estaba cuidadosamente regando.

El señor Galliera se estremecía cada vez que la tierna canción de su hija tremolaba en sus oídos.

—¡Pobrecilla! — repetía una y otra vez—. ¡Y cómo le comunico la fatal noticia? Si fuera yo solo quien tuviera que soportar el peso del infortunio... Pero ¡ah! es ella, ¡ella! la más castigada. Yo soy viejo, moriré pronto; este golpe me quitará la vida tal vez. Ella empieza a vivir ahora... ¡Bonita perspectiva la de su porvenir!...

Y, levantándose de su asiento, empezó a pasear inquieto, como un loco en su celda, de un lado a otro de la habitación.

Fiametta, después de cortar unas flores en el jardín, formando con ellas un precioso ramillete, presentóse sin hacer ruido en la puerta de su padre para dar a éste una sorpresa.

Al verle pasear de aquel modo y notar en sus ojos huellas de recientes lágrimas, quedó un momento parada en el dintel.

Un momento nada más; porque su amor de hija no le permitió que dejara a su padre un solo instante en el desconuelo que reflejaba su rostro.

—Vamos, papá — díjole cariñosamente dándole unas palmaditas en el hombro—; que no valía tanto la ovejita que se ahogó esta mañana en el estanque, para que esté usted tan preocupado, y... ¡hasta se le saltan las lágrimas!

Bien sabía Fiametta que no podía ser ésa la causa; pero... ¡qué iba a decir? ¡cómo empezar la conversación?

—No, hijita, no—contestó el padre, besándola efusivamente—; esa oveja no puede turbar mi alegría. Es otra oveja la causa de mi preocupación.

—¡Otra oveja? Pues, a vender el rebaño, y todos los rebaños; yo no quiero que las ovejas o los carneros o los corderitos te pongan tan triste...

El señor Galliera vaciló un instante, pero se decidió, por fin, a hablar más claro.

—La oveja, causa de mis pesares, es tu hermano...

—¡Cómo! — exclamó Fiametta aterrada

da, cubriéndose la cara con las manos—.

¿Ha muerto mi hermano?

—Peor que si hubiera muerto.

—¿Ha cometido algún crimen? ¿Ha manchado su honra? ¿Está encerrado en alguna prisión? —interrogó precipitadamente la joven.

—¿Se ha arruinado, y... nos ha arruinado!

Fiametta quedó pensativa. El «nos ha arruinado» tenía para ella un alcance desconocido. Hubiera querido leer en esas palabras toda la realidad, pero no podía.

El padre la contempló silencioso durante un rato.

¿Le diría la verdad, toda la verdad? ¿Qué efecto causaría en aquel corazón juvenil, lleno de esperanzas?

¿Se callaría? Pero si callaba, cuando los nuevos dueños de la hacienda se presentasen a tomar posesión de ella, ¿qué ocurriría a la hija de su corazón?

Por fin, tras larga y penosa lucha, decidióse a comunicarle la triste realidad.

Para hacer frente a los peligros y a los enemigos, lo mismo que a las necesida-

des, lo mejor es conocerlos, y conocerlos bien.

Don Severo refirió a su hija, en pocas palabras, el suceso fatal.

La joven oyó impasible el triste relato. En primer lugar, porque iba decidida a prodigar a su padre algún consuelo, y de haber dado rienda suelta a las ternuras de sus sentimientos, de sus ojos hubiera brotado un raudal de lágrimas.

En segundo lugar, Fiametta, curtida ya en los sufrimientos que provenían de la conducta de su hermano, recibió este postrer y definitivo golpe con pasmosa serenidad y sangre fría.

Abrazóse fuertemente a su padre y, poniendo toda la dulzura de su acento y todo el cariño de su alma infantil en las palabras, exclamó :

—¡ Pobre hermano mío !

—¡ Y pobre de ti, hija de mi alma ! Él, aunque sufra, es el culpable ; pero... ¿ qué delito has cometido tú para verte envuelta en la ruina ? Eras rica ; ninguna falta cometiste para quedar en un instante sumida en la más horrible pobreza...

—Padre mío, la pobreza no es la ruina verdadera ; yo sabré probarlo. La ruina que más me espanta, la verdadera ruina, es la del corazón, y en este caso está mi pobre hermano. En cuanto a nosotros — dijo en tono resuelto que alivió algún tanto las amarguras paternas—, yo trabajaré para los dos... y para él, si preciso fuera. Soy joven y tengo voluntad y energías para el trabajo. ¡ Que Dios nos conserve la salud, y... seguiremos viviendo ! Pobres, sí ; pero no arruinados.

—¡ Pobre hija mía ! ¡ Qué buena eres !

—¡ Vivir en una casa modesta, humildísima ? ¡ Y qué ? Usted no tendrá tantas comodidades, y ése es mi mayor sentimiento, pero tampoco tendrá tantas preocupaciones. Yo trabajaré, padre mío, para que no muramos de hambre. Con esto nos basta. ¡ Ah ! Y también me propongo agotar todos los medios posibles para traer al redil esa oveja descarriada...



Abrazóse fuertemente a su padre. (Pág. 15.)

III

El señor Galliera ha cambiado su traje señorial por el de un pobre campesino, y se ha acomodado en una humilde vivienda. Como le era en extremo violento pasear su desgracia por los alrededores de su hacienda, en donde era popular, ha buscado el pacífico asilo de una lejana aldea. Pronto se ha dado a conocer por sus bondades y no ha faltado un rico propietario que le ha propuesto el cuidado de sus ganados. Don Severo acepta el cargo con la mayor humildad, y en él se distingue tanto por la escrupulosa solicitud y honradez, que al poco tiempo es nombrado mayoral de todos los pastores de la casa.

De este modo, gana su comida y puede ir reuniendo un pequeño ahorro que más de una vez tiene que mermar para que su hijo no muera de hambre.

Fiametta ha entrado también al servicio de una familia bien acomodada, en una casa de campo con sus sembrados y viñedos, huertas y bosques.

El infortunio es el fuego maravilloso que templó las almas para el combate de la vida. Y un alma bien templada, informando a un cuerpo joven, sano y robusto, tiene a su alcance la victoria.

El plan de Fiametta ha sido desde un principio el de una persona experimentada a la que no arredran los sufrimientos y en la que la abnegación es una de las principales virtudes como fruto de fe profunda en las creencias religiosas.

Sería extremadamente económica para poder ahorrar la mayor parte de su salario. Así, cuando su padre llegase a la ancianidad, y ya se encontrara a las puertas, podría ofrecerle una humilde casita propia y un pedazo de pan.

Ahora trabajaba el padre contra la voluntad de la hija ; pero, ¿ y si caía enfermo ? ¿ Qué sería de él ? Era, pues, absolutamente preciso prevenirse para un caso como éste, que no sería tan terrible si había un fondo de ahorro suficiente para cubrir las más apremiantes necesidades.

Y allá en la arquita de Fiametta van cayendo moneda tras moneda, como caen

las gotas de agua en el depósito que, una vez lleno, ha de regar la tierra para apagar su sed, para que la semilla germine, y crezca la planta, y broten las flores, y maduren los frutos.

En su plan entra, formando parte principal, la regeneración del extraviado hermano. ¡Ah! ¡Si ella pudiese atraerle a buen camino!

Cuanto peores son las noticias que recibe de Benvenuto, más se afana su pensamiento en buscar un medio eficaz, una poderosa y enérgica medicina que pueda curar el corazón de aquel desgraciado.

Y en verdad que las noticias no pueden ser más horribles.

Benvenuto ha pasado de los casinos aristocráticos a las inmundas tabernas; del tapete verde rodeado de jugadores que ponen sobre él pilas de fichas o gruesos fajos de billetes de Banco, a la mesa tosca de madera en donde se deja el escaso jornal, ganado a fuerza de sudores, el obrero vicioso; del salón elegante en el que los concurrentes liban finos y costosos licores servidos en talladas copas y por ma-

nos enguantadas, al rincón de una bodega en la que no se respira más que hediondez y borrachera.

Benvenuto trata con lo más ruin y miserable que pisa los antros tabernarios, llegando a ser uno de tantos borrachos, quizá el mayor entre sus holgazanes y viciosos compañeros.

Alguna vez, en sus momentos de espantosa miseria y crueles desengaños, ha llegado a sentir una punzada de remordimiento, y hasta un impulso, aunque débil, de tornar a los brazos de su padre, como otro hijo pródigo. Pero los gritos del vicio, en ruidosa protesta, han ahogado aquella voz interior de una virtud adormecida, aletargada, que abría un momento sus pesados párpados, balbucía unas frases y tornaba al profundo sopor.

¡Ah! ¡Si en estos momentos hubiera estado Fiametta presente! ¡Cómo hubiera aprovechado el momentáneo despertar de los buenos sentimientos de su hermano!

Fiametta ha visto pasar un año, y luego otro, y otro, sin lograr que su her-

mano conteste a las cariñosas cartas que le ha dirigido.

Por este motivo, pide a sus dueños una licencia de ocho días, y marcha a la ciudad en busca de Benvenuto.

¡Quién sabe si, arrepentido de su mala conducta anterior, ni siquiera se atrevería, avergonzado, a escribir una carta!

Cuando Fiametta llegó a la pobre buhardilla de su hermano, éste bajó los ojos avergonzado.

Una vez repuesto de su asombro, al contemplar allí a su hermana, que, en vez de echarle en cara sus maldades, causantes de la ruina de la familia, le habla de regeneración y de días futuros venturosos, refiérole toda su negra historia. Fiametta queda horrorizada, pero no lo manifiesta exteriormente, al contrario: besa a su hermano y le dice con acento cariñoso:

—¡Pobre Benvenuto! ¡cuánto has sufrido! Quizás he tenido yo la mayor culpa por no haber venido antes a buscarte. ¡Me perdonas?

—¡Por Dios, hermana! ¡Perdonarte yo? ¡De qué? ¡Yo soy quien debe arro-

jarse a tus pies pidiendo misericordia!
¡A tus pies y a los de nuestro pobre padre!

—¡Sí! ¡Pobrecito padre! ¡Tan bueno!
¿Qué no haríamos por él? Todo sería poco, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Verdad!

—Mira, hermano mío; nuestro padre trabaja para vivir... ¡Él, que siempre procuró facilitar trabajo a los demás para que se ganasen el sustento! Yo trabajo también, y estoy recogiendo unos ahorrillos para ayudar a nuestro padre.

—¡Qué buena eres!

—Pero no confío en mis propias fuerzas. He pensado en que tú puedes ayudarme.

—¿Pero qué puedo hacer yo? ¿Dónde me admitirían para trabajar conociendo mi mal proceder?

—Yo te brindo trabajo lejos de nuestra antigua casa, allí donde no te conocen. Trabajarás en la casa en que trabajo yo. Estoy segura de que no me negarán este favor. ¡Si vieras cuánto me quieren! Dime que aceptas mi proposición, y hoy se-

rá uno de los días más felices de mi vida.

—Aceptado, Fiametta, aceptado. Mañana, hoy mismo, en este momento estoy dispuesto a seguirte.

—Pues sígueme...

Y, después de haber vestido decorosamente a Benvenuto, los dos hermanos salieron en el primer tren, con dirección al pueblo en cuyo término está enclavada la finca en que trabaja Fiametta.

IV

Benvenuto fué bien recibido en la casa en que prestaba sus servicios Fiametta. Tan pronto como la joven expuso sus deseos y solicitó la admisión de su hermano, el dueño tuvo especial placer en complacerla. La conducta de la joven era una preciosa garantía del buen comportamiento de Benvenuto.

Y no pudieron quejarse los propietarios de la hacienda de los servicios que empezó a prestar el nuevo trabajador. Era el

primero en levantarse del lecho y el último en retirarse a descansar. Durante las horas de labor, jamás le vieron parado un instante. Cuando terminaba sus quehaceres, ayudaba a los demás criados en los suyos.

Esta manera de proceder le valió el afecto y la confianza de todos.

Pasado algún tiempo, le fué concedida licencia, como a los criados que se conducían bien, de marchar al pueblo los días de fiesta.

Fiametta temió que estas licencias despertasen en su hermano viejos y arraigados vicios; pero, por lo menos al principio, vió completamente desvanecidos sus temores con las buenas noticias que de la vida de Benvenuto en el poblado le comunicaban sus compañeros.

Esta placidez duró dos años, durante los cuales ambos hermanos visitaban, aunque de tarde en tarde, al anciano padre, que, en algunos momentos, se consideró feliz.

Y quizás lo hubiera sido ya desde entonces para siempre si Benvenuto hubiera

tenido el valor necesario para aislarse por completo de la atmósfera del vicio.

Pero, desgraciadamente, le faltó ese valor.

De vez en cuando, una carta recibida de la ciudad, y abierta con temor y recelo, venía a turbar la grata tranquilidad de Benvenuto, recordándole días pasados que, si vistos de cerca con todas sus miserias causan asco y repugnancia, contemplados a través del tiempo y la distancia, envueltos en la neblina de los placeres, despiertan añoranzas peligrosas.

Los malos compañeros, las amistades perniciosas, son lazos que nos unen a una vida licenciosa, argollas que nos esclavizan al mal y nos tienen aherrojados al vicio. Para pasar de la vida libertina a la vida ordenada y virtuosa, no basta trasladarse del terreno abrupto de la iniquidad a las llanuras del orden y de la rectitud. Puede estar el cuerpo encerrado en una casa de campo y, entre tanto, volar el espíritu por entre las lejanas viviendas donde moran las locas muchedumbres.

Hay que cortar a tiempo los lazos que

unen nuestra vida de regeneración con la antigua de inmundos desvaríos. Quéden-se allá los amigos nocivos que manten-drían siempre viva la llama que consume los corazones con el fuego devorador de las pasiones malvadas, y conquistemos en el nuevo campo amigos sinceros y bon-dadosos que nos hagan olvidar pasadas desdichas.

Benvenuto, alegre y dicharachero du-rante mucho tiempo, se fué tornando tris-te y obscuro. Fiametta, con su viva pe-netración, iba leyendo hora tras hora en el corazón de su hermano. Éste procuraba salir al pueblo cuantas veces podía. Su vida distaba ya mucho de ser ejemplar. Empezó a frecuentar la taberna, y hasta alguna vez llegaba a casa, en las noches domingueras, bastante tarde y casi em-briagado. La joven procuraba esperarle hasta su llegada para que no trascendie-se el notable cambio de conducta de su hermano.

Día llegó en que, viendo sus extravíos incorregibles, creyó necesario tener una entrevista larga y detenida con él.

Era la época de la vendimia.

Benvenuto estaba dedicado a pisar las uvas en el pequeño lagar destinado a los mejores mostos.

Aprovechó una hora en que estaba completamente solo. Fiametta acercóse a su hermano, a quien encontró profundamente triste.

—¡Buenos días, Benvenuto! — díjole sonriente.

—Buenos días — contestó éste con sequedad.

—¿Estás enfermo? Parece que te veo decaído y triste desde hace algún tiempo.

—Creo estar completamente sano. En cuanto a tristeza... quizá sea verdad.

—¿Y puede una hermana conocer las causas de la tristeza de un hermano querido?

—Cuando se trabaja como yo trabajo, como un esclavo, no hay motivos para estar muy alegre.

—El que cumple con su deber, por muy trabajoso que éste sea, encuentra satisfacción, y la satisfacción es alegría y buen humor, aunque no sea siempre risa a car-

cajadas. Trabajando cumples con tu deber.

—Sí; deber de esclavitud...

—Creo no supondrás que los millones de trabajadores que llenamos el mundo, seamos unos esclavos... en el sentido que das a esa palabra. El trabajo, no sólo no es esclavitud, sino que es un poderoso medio para redimirse de ella.

—Yo no veo mi libertad por ninguna parte. Soy un siervo de hoy sin esperanzas de redención para el mañana.

—Si consideras que es libertad el llegar a poseer las riquezas que un día tuviste en las manos, es muy difícil que la logres. Si crees que lo es vivir sin freno, como tanto tiempo has vivido, estás en un error. No hay mayor ni más repugnante esclavitud que estar dominado por los vicios. Y de ella te redime este trabajo, o, al menos, podría redimirte si quisieras.

—¡ Podría redimirme ! ¡ Una frase hueera ! No es redención el salir de una cárcel llena de placeres y comodidades, para encerrarse en un calabozo inmundo.

Fiametta sintió que la sangre se le acu-



Benvenuto estaba dedicado a pisar las uvas
en el pequeño lagar... (Pág. 27.)

mulaba en el rostro, sublevándose ante tan descabelladas palabras. Se irguió arrogante, dibujándose en su semblante un gesto de gallarda energía, y contestó virilmente a su hermano :

—Tú trabajas, es cierto ; pero nadie, sino tú, es la causa de tus fatigas. Rico has sido. ¿ Por qué dilapidaste la fortuna ? También nuestro padre nadó en la abundancia ; también a mí me brindaba nuestra holgada posición un brillante porvenir. Y nuestro padre y yo trabajamos pacientemente... ¡ Ni siquiera nos quejamos ! ¿ Crees que mi labor es más descansada que la tuya ? Compara tus fuerzas con las mías. Tú eres un hombre ; yo una mujer... Y a pesar de ser mujer, y joven, me considero dichosa al conseguir con mi trabajo el cumplimiento del deber que todos tenemos, de ganar el pan con el sudor de nuestra frente. Mi dicha es aún mayor cuando pienso que por el sacrificio de algunos caprichos y comodidades, voy ahorrando poco a poco para que un día pueda nuestro desgraciado padre descansar de las fatigas que un extraviado hijo cargó

sobre sus hombros venerables, y coma un pedazo de pan sin que tenga que alargar la mano en la puerta de una casa para pedirlo... ¿Crees que yo puedo darte la felicidad ganando para ti lo indispensable para que vivas sin trabajar? Pues bien; deja el lagar... no trabajes. Una mujer, tu hermana, se privará hasta de su alimento para que no mueras de hambre. Pedirá más trabajo... más trabajo... ¡Que el trabajo me da la vida! ¡Que el trabajo alivia mis penas! ¡Bendito sea el trabajo!

Y, ocultando entre las manos el rostro, resplandeciente por la emoción, como apóstol y poeta que predicando canta un inspirado himno de amor, retiróse a su cuarto, dejando en los oídos y en el corazón de Benvenuto dulces acentos y vibraciones vigorosas de laboriosidad, en lucha con los impetuosos y estridentes acentos y vibraciones de la holgazanería.

V

Y las penas de Fiametta aumentaron de tal modo, que el constante y duro trabajo era insuficiente para aliviárselas. Ella no contaba, al hablar a su hermano en el lagar, con que los sufrimientos atormentarían su femenino corazón en el grado y forma en que lo hicieron.

Si la joven no hubiera sido tan valiente y abnegada, habría sucumbido bajo el peso de tanta desgracia. ¿Pero quién es capaz de vencer al verdadero amor?

En el fondo de sus terribles amarguras centelleaba una luz salvadora iluminando el sendero de su vida. Era la luz del faro de su acendrada fe.

Una voz cariñosa le alentaba en los instantes de vacilación y desfallecimiento.

—No temas—decíale desde lo más íntimo del corazón—. ¡Espera! ¡Por el amor que profesas a tu padre! ¡Por el amor que tienes a tu desgraciado hermano! Tú triunfarás...



Y, ocultando entre las manos el rostro... (Pág. 31.)

Y la luz de la fe, la voz de la esperanza y el fuego del amor animaban y fortalecían el espíritu de aquella joven de tal modo, que podía resistir, sin queja, las mayores tribulaciones.

Fiametta no manifestó en la casa, ante sus amos y compañeras, la menor inquietud o zozobra. Era la joven de siempre : activa, cariñosa, alegre y satisfecha.

A solas en su aposento, durante la noche, daba rienda suelta a las ternuras de su pecho y lloraba por su hermano.

Benvenuto continuaba cada día más esquivo. Además de sus salidas domingueras, procuraba, pretextando alguna indisposición, vagar otros días de la semana. Sin la consideración que se guardaba a su hermana en la casa, seguramente se habría prescindido de su trabajo.

Los días y horas de descanso, dedicábalos a la bebida y al juego. En un pueblo pequeño, la buena o mala conducta de una persona es pronto de todos conocida.

Fiametta, enterada hasta el menor detalle de la mala vida de su hermano, se veía obligada a soportar las murmuracio-

nes entre criados y criadas disculpándolo lo mejor que podía. ¡ Cuántas veces tomó a broma, y hasta rió cuchufletas que le llegaban al alma !

Una mañana, al levantarse, recibióla su compañera Dora con un gesto de mal humor.

Fiametta, amable como siempre, la saludó con la sonrisa en los labios.

—Buenos días, Dorita.

—Mejores podían ser, Fiametta.

—¿ Has pasado mala noche ?

—¿ Y quién la pasa bien en la casa de los duendes ?

—¿ Vaya ! Me he equivocado. Perdóname, Dorita. Te creí de mal humor, pero veo que hoy lo tienes mejor que nunca.

—Pues no, no, y no, hija mía. Te digo y te repito que los duendes no me han dejado descansar un momento.

—¿ Y se puede saber qué ha pasado ?

—Lo de siempre, es decir, un poquito más. Que tu hermano ha armado el gran alboroto, a las tantas de la madrugada.

—¿ Alabado sea el Señor ! ¿ Pero esto es posible ?

—¡Vaya si es posible! Yo creo que no ha venido solo, sino acompañado de una gran... borrachera.

—Eso no puede ser. Dispénsame que te diga que estarías soñando. Anoche, a las once, le acompañé a su cuarto y le dejé la cena en la mesa. Me dijo que iba a acostarse en seguida.

—Pues, hijita, habrá sido un sueño como dices. Pero me parecía estar segura de que a las cuatro de la madrugada entraba por las puertas de la huerta, y que en ellas, alguien que le acompañaba le dijo: «Anda, Benvenuto, que vas bueno. Agárrate bien a los árboles.»

—¡Por Dios, Dora! Si es verdad eso... ¡hazme el favor de callártelo... que nadie se entere! ¡Las puertas abiertas! ¡Qué dirían los amos si lo supiesen?

—Sí, sí; las puertas abiertas. Para que una se acueste creyéndose segura y amanezca sin ropa que ponerse... ¡o en el otro mundo!

—No; no te preocupes. Yo te aseguro que desde hoy seré la guardiana de esta casa durante toda la noche.

Y, despidiéndose de Dora, marchó a todo correr en busca de su hermano.

El sol brillaba ya sobre el horizonte. Los criados estaban en sus puestos, cada cual entregado a su labor.

Fiametta se dirigió al lugar en donde debía encontrar a su hermano trabajando. Gran desconsuelo se apoderó de su alma cuando vió que no estaba allí.

Fiametta volvió rápidamente sus pasos hacia la casa-habitación de los criados y entró veloz en el aposento de su hermano.

El espectáculo que se presentó ante sus ojos la hizo palidecer. ¡La mesa puesta, como la había dejado ella! Y a un lado, tendido en el suelo, reclinada la cabeza en una silla, roncando ruidosamente con ronquido de congoja y agonía, el desgraciado Benvenuto...

Fiametta estremeciése de horror. ¡Era verdad! ¡Estaba borracho!

—¡Borracho!—exclamó llena de amargura—. ¡Qué vergüenza!

Y, asqueada ante la innoble figura de aquel vicioso, pasó de largo, dirigiéndole una mirada de profunda compasión...



...tendido en el suelo, reclinada la
cabeza... (Pág. 36.)

VI

¿Habéis presenciado el desarrollo, el proceso de una furiosa tempestad en los mares? El cielo se encapota, cúbrese de oscuros y densos nubarrones que proyectan sobre las aguas negruras de cerrada noche. El mar, inquieto y rugiente, como un monstruo que despierta sobresaltado, agita su cuerpo en violentas contorsiones, espumarajea rabioso y llena los aires de amenazantes y aterradores mugidos. Como si se hubiesen declarado guerra a muerte los cielos y los mares, las nubes empiezan a disparar misteriosos cañones cuyos fogonazos iluminan brevemente el espacio en donde retumba, momentos después, el horrísono estampido del invisible cañón. Allá, a lo lejos, distínguese a veces, sobre el lomo de una ola gigantesca que parece que intenta escalar los cielos, una barca desmantelada. La montaña de agua se hunde, empujada por el celeste esfuerzo, arrastrando hacia el fondo del abismo la endeble embarcación.

¡ Pobre barquilla aventurera !

Abandonó el abrigado puerto en busca de intensas emociones marinas, sin hacer caso de los sabios consejos de un viejo y experimentado lobo de mar, curtido en el capeo de los temporales y en las luchas frente a frente con la tempestad, y sin prestar oídos a los ruegos de una mujer que presentía en su corazón una tremenda desgracia.

¡ Pobre barquilla, ansiosa de libertad y de aventuras ! Si la tempestad no cede pronto, si el salvamento no llega oportunamente, el resplandor de los relámpagos iluminará luego los maltrechos restos de tus antiguas gallardías...

Esta barquilla endeble era en estos momentos el corazón de Benvenuto, bamboleado por el tempestuoso oleaje de los vicios.

Desoyendo los sabios consejos de un padre anciano, en primer término ; sin hacer el menor caso de las lágrimas de la cariñosa y amante Fiametta ; roto el timón, destrozada la arboladura, y perdida el áncora, Benvenuto se encuentra ya en

gravísimo peligro de naufragar y de hundirse para siempre en el abismo.

Apenas despertó del profundo letargo de su embriaguez, marchó decidido a la habitación de su hermana, hizo añicos la arqueta en donde la joven guardaba sus ahorros, llenó los bolsillos con aquellas relucientes monedas, fruto de tantos sacrificios y motivo de tantas esperanzas, y salió en dirección a la puerta de la casa.

El malvado vaciló un momento, antes de salir. Por su mente cruzó otra idea criminal. ¿Dónde guardarían el dinero los amos de la casa?

Cegado por la ambición, corrió en busca de su hermana. Ésta hallábase en la habitación de Dorita probándose unos zapatos nuevos, bien ajena a cuanto Benvenuto había ejecutado y maquinaba.

Al verle, demacrado, centelleantes de furor los ojos, Fiametta se estremeció.

—¿A dónde vas? ¿Cómo no estás en tu trabajo?

—He decidido no trabajar más— contestó el insolente, ciego de ira—. Estoy dispuesto a todo; ¿entiendes bien? ¡a to-



Esta hallábase en la habitación de Dorita... (Pág. 40.)

do! Necesito que me digas...—dijo crispando los puños — dónde hay dinero... mucho dinero... todo el de la casa...

Estas palabras sobrecogieron de tal modo el ánimo de Fiametta, que faltó poco para que cayese desmayada. Aunque lo intentó, no pudo articular una palabra.

Benvenuto temió que alguien llegase y descubriese sus intentos. Antes que ocurriera tal contratiempo, decidió marchar. Acercóse a su hermana, agarróle nerviosamente la mano, apretándola entre las suyas, miró con iracundos ojos el espantado rostro de Fiametta y, en tono entre burlesco y amenazante, le dijo :

—¿ No me contestas ? Pues bien ; no importa. Tengo dinero. ¿ Has trabajado para mí ! ¿ Ja ! ¿ ja ! ¿ ja !... Gracias... gracias.

Y el eco estridente de la carcajada nerviosa y cínica, después de destrozar el corazón de la joven, salió vibrando hacia el desierto zaguán y se perdió entre los árboles de la polvorienta carretera.



...agarróle nerviosamente la mano... (Pág. 42.)

VII

Al día siguiente celebraba su fiesta onomástica el dueño de la casa en donde Fiametta y Benvenuto prestaban sus servicios.

Esperábase, como todos los años, que habría asueto y holgorio familiar.

Los pastores encerrarían el ganado después de proveerle del alimento necesario, y se reunirían en el amplio caserón del valle.

Los jornaleros, vestidos con limpia ropa dominguera, estarían allí esperándoles para felicitar todos juntos a su amo, tomar tranquilamente, condimentándolo con animada charla, el sabroso desayuno, y organizar más tarde uno de tantos juegos higiénicos y divertidos para pasar el rato en espera de lo que viniese después.

Los criados madrugarían para ultimar los preparativos de la fiesta y presentar al señor un regalito costeadado entre la dependencia de la casa.

El amo, por su parte, esperaba el día



...dejó de dar vueltas a la masa, pero sin retirar las manos del fondo de la artesa... (Pág. 46.)

solemne de su santo para demostrar a sus sirvientes el gran afecto que les profesaba. Proveíase de los más exquisitos licores y finos dulces, y ordenaba a las mujeres que confeccionasen abundantes pasteles, tortas y buñuelos.

En cuanto terminaron los ordinarios trabajos de la víspera, el ama de gobierno, Dora y Fiametta empezaron a elaborar las olorosas tortas.

La preparación de los ingredientes para la confección de las tortas se hizo con tranquilidad. Fiametta, cansada sin duda, de sufrir, fué atacada de una crisis nerviosa.

De pronto, alzó la cabeza, dejó de dar vueltas a la masa, pero sin retirar las manos del fondo de la artesa, y lanzó una estridente carcajada.

El ama de gobierno, sorprendida por tamaño ex abrupto, levantó el rodillo en el aire, no sabiendo si reír o ponerse grave y seria; y Dora, temiendo que Fiametta se hubiera vuelto loca, la acompañó a su cuarto y la acostó sobre la cama.

VIII

Después de la dramática despedida de Benvenuto, Fiametta habíase dirigido a su habitación con la esperanza de encontrar intactos o solamente mermados sus ahorros. ¿No podía ser todo una estratagemma de su hermano para obligarla a revelar el sitio donde guardaban el dinero sus amos?

¡Vana esperanza! Al entrar en el aposento y contemplar la arqueta destrozada y las ropas en desorden, dióse cuenta exacta de la triste realidad. ¡Ni una sola moneda había quedado! ¡Ni las preciosas alhajas heredadas de la madre, que constituían por sí solas un bonito capital! ¡Nada! ¡Sólo conservaba el valioso collar con relicario de oro, que la pobre-cita madre llevó desde su juventud hasta su muerte, y que Fiametta no abandonó jamás desde que tuvo uso de razón!

Al ver profanado ¡robado! el fruto del sacrificio de sus amores al autor de sus días ¡y a su desgraciado hermano!; al

considerar que un momento de locura de éste había trastornado un plan acariciado durante tanto tiempo, y en el que había puesto todas las energías de su alma abnegada y decidida; al imaginarse a su padre anciano, desvalido, achacoso, gastando sus postreras fuerzas en ganarse el pan cotidiano; al cruzar, en fin, por su fantasía la imagen de su hermano vestido de andrajos, arruinado, escarnecido hasta por sus amigos profesionales del vicio, encerrado tal vez en una cárcel o muriendo de miseria en un rincón... la joven no pudo más. Era demasiada carga para un alma de mujer, por bien templada que estuviese en las fraguas del infortunio.

De mujeres de fortaleza notoriamente extraordinaria hemos leído que sucumbieron ante un golpe semejante al que acababa de recibir Fiametta.

Y Fiametta no muere. Afortunadamente sólo sufre una gran crisis nerviosa que la tendrá postrada en cama dos o tres días.



¡Dora! ¡Dorita! (Pág. 49.)

IX

Acostada en su lecho con todas las precauciones posibles, durante tres días no dió otras señales de vida que la respiración anhelante y fatigosa de su pecho. Un copioso sudor frío brotaba de su cuerpo. A su lado estaba siempre observante y solícita la buena Dora.

Por fin, la joven se vió sorprendida por la voz de Fiametta.

—¡Dora! ¡Dorita! — llamaba dulcemente la enferma.

Y Dora restregó sus pesados párpados, levantándose perezosamente de la silla.

¿Llamaba Fiametta? Sí, sí; era Fiametta que, incorporada en el lecho, miraba en torno de su habitación, como extrañando algo lo que veía.

—¿Volvió ya, Dora? ¿Le has visto?

—¿A quién te refieres?—contestó Dora.

—A mi hermano. Supongo que no habrás dicho nada de lo que ha pasado; ¿verdad que no me equivoco?

—Verdad—replicó Dora, atenta en la observación de aquel cambio de su amiga—; ya sabes que sé cumplir lo que prometo. Benvenuto no ha vuelto... pero no importa. El volverá.

—¿Y cómo estás aquí a estas horas?

—Como has tenido un poquitín de fiebre...—dijo Dora, emocionada.

—Sí; fiebre... fiebre...; tienes razón. Aun siento en la cabeza un gran peso... algo así como mareo... atolondramiento...

—Pero ya ha pasado, mi querida amiga. Ahora, mientras descansas un rato, voy a continuar mis quehaceres. Ya volveré a hacerte compañía después.

—Bien, bien, Dorita.

Ésta se aproximó más al lecho de Fiametta, la besó cariñosa y salió corriendo a comunicar a todos la buena nueva.

Aquel mismo día preguntó don Severo por su hija, pero Dora le ocultó la crisis que había tenido. El pobre viejo ignoró el peligro que había corrido su hija.

Fiametta no olvidó a su hermano, ni el plan ideado para salvarle. Día y noche



Aquel mismo día preguntó don Severo por su
hija... (Pág. 50.)

elevaba fervorosas plegarias al cielo en súplica de ayuda eficaz para lograr sus deseos.

X

¿Qué había sido de Benvenuto desde que desapareció de la casa de su amo?

Alentado por las pasiones, libre de toda clase de frenos y con dinero en el bolsillo, se apoderó de él la espantosa locura de una vida groseramente licenciosa.

De taberna en taberna, de garito en garito, con el espíritu siempre turbado e inquieto, como si la alegría del vivir consistiese en el rápido agotamiento de las facultades y de las energías, en el aniquilamiento espiritual y orgánico, pisoteando al mismo tiempo todas las leyes de la moralidad y de la decencia, no hubiera podido soportar un año siquiera aquella azarosa existencia.

Al verle gastar, mejor dicho, dilapidar el dinero en los primeros días de su segunda época de mala vida, más desastro-

sa aún que la primera con haberlo sido tanto, algunos le creyeron rico. Estas supuestas riquezas despertaron bien pronto la codicia de algunos habituales concurrentes a los centros de disolución y libertinaje, entre los que frecuentemente se encuentra carne de presidio.

Cierto día en que Benvenuto, apoyado en el mostrador de la tienda, contaba a la tabernera uno de tantos episodios cuya invención es inspirada por el alcohol, y en el cual, tal vez por darse importancia, se manifestó como un potentado que sigue la vida bohemia por *sport*, dos perdularios, hartos de bebida y ayunos de sanos principios, faltos de conciencia y sobrados de malas inclinaciones, oíanle atentamente y fraguaban un complot para asesinarle y robarle.

Apenas salió Benvenuto de la taberna, siguiéronle los dos hombres, vigilándole y acechando el momento oportuno para realizar sus criminales intentos.

El joven llegó a sospechar algo grave al enterarse de que seguían sus pasos.

Y como era hombre que no se acobar-

daba, y atrevido hasta la temeridad, encaróse con ellos increpándoles duramente.

Los perseguidores se lanzaron contra él, pero sin lograr sus intentos; por el contrario, Benvenuto desarrolló toda su fuerza y obligó a los criminales a huir de aquel lugar.

Detenidos por la policía, que les vió correr desatinadamente, confesaron que huían de la persecución de un joven que había pretendido robarles.

En virtud de esta falsa acusación, Benvenuto fué detenido y conducido a la cárcel. Su vida licenciosa apoyaba la declaración de sus calumniadores.

De este modo, los verdaderos culpables quedaron libres, y el inocente encerrado en la celda carcelaria.

¿El inocente hemos dicho? Rectifiquemos. Inocente hasta cierto punto. ¿No estaba acusado de intento de robo? Pues bien; en realidad era un ladrón. El ladrón de su hermana, y el dilapidador de los bienes de su padre. Y esto no podía pasar sin su correspondiente castigo. Benvenuto, pues, empezaba a purgar sus



...apoyado en el mostrador de la tienda, con-
taba a la tabernera... (Pág. 53.)

culpas verdaderas, por haber sido acusado de otras que no cometió. La justicia humana padece errores; por algo es humana. La justicia de Dios no se equivoca jamás.

Las malas noticias corren demasiado de prisa y no faltó una persona que corriera presurosa a contar a Fiametta y a don Severo el baldón que manchaba el nombre de su familia. ¡La honrada familia de Galliera perdía su firme y acrisolada fama! ¡Y tanto trabajo como había costado a don Severo y a Fiametta el mantener ocultas las faltas del desgraciado Benvenuto!

Terrible fué el golpe para el corazón del anciano padre. Hubiera preferido la muerte a tamaña infamia. Pero la muerte respetaba la venerable figura de aquel ser bondadoso y atribulado, sumido en un mar de aflicciones.

En cuanto a Fiametta, cuyo valor conocen bien nuestros lectores, el martillazo del dolor resonó enérgicamente en su pecho al golpear con fiereza en el yunque de acero de su corazón, haciendo vibrar

las bien templadas fibras de sus sentimientos amorosos y magnánimos.

Cuando se enteró de la nueva desgracia, creyó llegado el momento de ver realizado el plan de salvación de su hermano.

¿Oiría el Señor sus fervorosas plegarias? Hasta aquellos instantes habíale dado las energías suficientes para soportar los más rudos trabajos y las más agobiantes penalidades, por cuyo favor dábale rendidas gracias noche y día. Ahora confiaba también en el que de los mayores males sabe sacar los bienes más excelsos. ¿No sería esta tremenda desgracia el sólido fundamento de una inextinguible felicidad?

Corroborado su espíritu tras estas reflexiones, decidió marchar cuanto antes a visitar a su padre.

Era preciso que en aquella entrevista con el autor de sus días quedase decidida la completa liberación del hijo pródigo a quien ella creía, por el solo hecho de verse encerrado en una prisión, en condiciones excepcionalmente favorables de arrepentimiento.

Y no se equivocaba. Benvenuto dedicó los primeros días de su encarcelamiento a considerar seriamente su conducta pasada y los daños y perjuicios incalculables que había ocasionado a su padre y a su hermana, y hasta el mal ejemplo dado al mundo con su mísero y detestable proceder. Recordó el débil propósito de regeneración formado el día en que consintió trabajar, a propuesta de Fiametta; lloró el crimen cometido en el día aciago y fatal de su vergonzosa huida, y decidió en lo íntimo de su alma cambiar de vida en lo sucesivo.

Pero radicalmente; desapareciendo para siempre de aquel hervidero de iniquidades y cortando de una vez todos los lazos visibles e invisibles que le unían a la holganza y al vicio.

Pero... ¿darían crédito su padre y su hermana a estos sinceros propósitos? ¡Ah! ¡No importaba! Si al principio no querían creerle, más tarde, al ver su constancia, su laboriosidad y la ejemplar conducta que pretendía seguir, le perdonarían seguramente.

Si el calabozo de una prisión es a veces el antro donde se fraguan las más terribles venganzas y los crímenes más espantosos, también puede ser, y es en realidad frecuentemente, un lugar donde se incuban, desarrollan y florecen las más edificantes conversiones.

XI

Fiametta, acompañada de uno de los criados, llegó al humilde hogar en donde su padre sufría en silencio el peso abrumador de su tribulación. Modesta vivienda enclavada en la huerta, con su cocina en la que el anciano se preparaba sus pocas refecciones, y un dormitorio con sencillo lecho en el que pasaba lentas, interminables horas de inquietud y desvelo.

Fiametta encontró a su padre sentado en uno de los tajones: rústicos asientos que, a guisa de sillas, formaban parte del pintoresco mueblario de la vivienda.

Al verle, la joven afectóse de tal manera, que no pudo reprimir el llanto.

Don Severo creyóse entonces en presencia de una nueva fatalidad.

—¿Me traes otro cáliz de amargura, hija mía?—preguntó el anciano, echando a volar su imaginación por los campos donde crecen los abrojos de la vida—. Si es así, no titubees en decírmelo pronto para apurar hasta la última gota...

—No, padre mío; líbreme Dios de venir a aumentar vuestros sufrimientos.

—Pues no llores, hija mía, que tus lágrimas caen como gotas de plomo en mi pecho. ¿Traes malas noticias de tu hermano?

—Las sabéis todas. Lo que traigo es una demanda de perdón en su favor. ¡Perdonadle, padre!

—¡Perdonar a Benvenuto! ¡Perdonar a Benvenuto! Si tu felicidad dependiera de este perdón... ¡ya serías feliz! Porque... ¡puede haber un padre que, aun sin decirlo, deje de perdonar en el fondo de su alma las mayores injurias recibidas de sus hijos? ¡Ah! Trabajo me ha costado el otorgárselo esta vez... No se trata ya de la ruina de la hacienda, sino



Al verle, la joven afectóse de tal manera, que no pudo reprimir el llanto... (Pág. 59.)

de una horrible mancha que ha caído sobre la acrisolada honradez de la familia. La dignidad y el crédito valen más, muchísimo más que todos los millones del mundo. Pero... ¡es mi hijo!... ¡es tu hermano!

—¡Gracias, gracias, padre querido!— exclamó Fiametta arrojándose en los brazos del anciano.

Y no dijo más durante un largo espacio de tiempo, porque la emoción y el llanto le impidieron articular una sola palabra.

Tras esta conmovedora escena, Fiametta expuso a su padre las esperanzas que tenía en el cambio radical de su hermano. Había ido a implorar su perdón, no porque dudase de la magnanimidad de su padre, sino para tener la certeza de que consentiría en recibir a Benvenuto, si éste decidía venir a arrojarse a sus pies. Ella haría lo demás.

—Pero necesito que hagáis un nuevo sacrificio que pudiera ser necesario—continuó la joven después de haber dado expansión a las emociones de su espíritu—. Yo lo hice ya; he depositado el recuerdo

más querido que heredé de mi madre, como garantía de una cantidad que quizás no sea suficiente para la fianza que el juzgado exija si Benvenuto solicita su libertad provisional.

—¡ Pobre hija mía ! ; Habrá en el mundo un ser más bondadoso que tú ? Ahí tienes todo mis ahorros, hija querida ; dispón de ellos a tu antojo. Y, si no fueran bastantes, mi conducta en la casa me da crédito para obtener la suma necesaria. Corre, corre, pues, a realizar tus planes, ángel de bondad ; y aquí queda un padre con los brazos abiertos esperando que venga el hijo pródigo a arrojarse, arrepentido, en ellos.

Fiametta partió aquella misma tarde en dirección a la ciudad.

Los instantes se le hacían siglos ; tales eran los deseos de ver a Benvenuto, y tan firme en su pecho la esperanza de encontrarle en disposiciones favorables a atender sus ruegos.

La entrevista de los hermanos en la cárcel fué tan tierna que excede a toda ponderación.

Avergonzado Benvenuto de la villana y criminal acción cometida contra Fiametta en la casa de su amo, a pesar de que ignoraba la enfermedad que por su culpa había padecido su hermana, apenas podía dar crédito a sus sentidos.

¿Era posible que existiese en el mundo un corazón capaz de olvidar tamaño crimen? ¡Ah! Para él, hombre hasta entonces de corazón insensible a las tiernas emociones y al verdadero amor, tal bondad no podía existir en el alma humana.

Pero, sí; allí estaba ella, la hermana escarnecida e inhumanamente ultrajada, brindándole las más sinceras y amorosas muestras de su fraternal cariño. ¡Había vivido para él! ¡Para él: el hombre más perverso, el hijo más cruel, el más ingrato de los hermanos!

Dispuesto estaba a ser bueno, a implorar el perdón de su padre y hermana, y a vivir para ellos todo el resto de la vida. Pero, aunque no hubiera sido ya éste su propósito formal, la heroica abnegación de Fiametta habría llegado, como medicina salvadora, a lo más íntimo de su ser,



La entrevista de los hermanos en la cárcel fué tan tierna... (Pág. 63.)

produciendo la reacción saludable que en aquellos momentos sentía operarse en el fondo de su alma.

El último sacrificio que Fiametta se había impuesto no fué necesario.

El joven fué puesto en libertad por falta de pruebas en el proceso que se le seguía.

Al salir de la prisión y abandonar la ciudad, Benvenuto se asió del brazo de su hermana, como un niño aterrado por una visión trágica se agarra a las faldas de su madre.

Cuando el hijo pródigo, libre del peso de la maldad, entró en la vivienda de su padre, el fuego ardía en el hogar.

Aquellas llamas que entibiaban la atmósfera de la humilde casita donde moraba el pobre anciano, eran el símbolo del amor que templea y ablanda los corazones más helados.

Benvenuto, en espera de su padre, recorrió con sus ojos, con la ansiedad del que cree que está soñando, las limpias paredes y el techo humilde que le cobijaba; y no pudiendo reprimir la alegría que

inundaba su corazón, abrazó tiernamente a su hermana, repitiéndole sin cesar :

—¡ Qué buena eres, Fiametta de mi alma ! ¡ Cómo podré llegar a ser digno de ti !

Y la joven contestaba emocionada :

—Siendo bueno, Benvenuto ; siendo bueno.

—¡ Bueno ? ¡ Solamente bueno ? No, no ; ¡ sacrificándome por ti ! ¡ Y aun eso es bien poco, hermana mía !

Y no hubo otras frases, ni hacían falta. La emoción no permite hablar, pero despierta los sentimientos que valen más que las bellas palabras.

Al llegar don Severo, loco de alegría, radiante de júbilo, empañados sus ojos por las lágrimas, abrió sus paternales brazos en los que descansó el hijo pródigo, sollozante y arrepentido, implorando misericordia...

XII

Sentados en el hogar, al amor de la lumbre, celebra el buen padre la vuelta del hijo descarriado.



...la alegría que inundaba su corazón, abrazó tiernamente a su hermana... (Pág. 65.)

El uno contando los trabajos que pacientemente ha sufrido; el otro, abominando de su pasada conducta y reafirmando sus buenos propósitos para el porvenir.

Don Severo, procurando, en lo posible, no herir el corazón de su hijo con detalles del pasado, aprovechó las buenas disposiciones del espíritu de éste para darle saludables consejos.

—Mira, hijo mío — decía cariñoso el buen viejo—, nada hay más valioso en el mundo que la honradez, la conducta intachable en todos los órdenes de la vida; y una de las cosas que dan más honra, y al mismo tiempo más provecho, es el trabajo. El rico, trabajando, distrae sus ocios que son los que abren las puertas del corazón a toda clase de malas inclinaciones, y conserva y aumenta sus bienes. El pobre gana su pan y el de su familia. ¿Hay algo más sabroso y saludable que el pan ganado con el sudor de la frente? El trabajo eleva y dignifica al hombre. El sabio encaneciendo sobre sus libros; el industrial dirigiendo e intensificando sus nego-

cios ; el agricultor y el artesano pasando las horas del día en el campo o en el taller, al mismo tiempo que laboran por la conquista de los elementos necesarios para la vida individual y para el sustento y educación de sus hijos, engrandecen a su patria.

»La vida es lucha ; lucha continua, interminable...

»El que se tiende de bruces en la trinchera que le han cavado, allí sucumbe. El que combate, si es vencido, sucumbe con gloria. El soldado que no se defiende, o que se entrega cruzado de brazos al vencedor, cae cubierto de ignominia.

»Somos pobres, hijo mío. A luchar, pues, desde hoy. ¡ A trabajar ! ¡ Que el trabajo, además, redime !

»Yo necesito muy poco, y aun puedo ganarlo ; pero ahí tienes a tu hermana, que es un modelo de laboriosidad y de abnegación, pero que es una mujer, mejor dicho, un ángel digno de suerte más venturosa que la que tiene en perspectiva. ¡ Pobre Fiametta ! ¡ Qué hubiera sido de mí sin ella ? ¡ Qué hubiera sido de ti sin su

perseverancia y sacrificio? Confío, pues, hijo mío, en que procurarás de hoy en adelante labrarle un porvenir por modesto que sea, pero libre de la rudeza de los trabajos a que se ha entregado hasta ahora por el amor a su padre y a su hermano. Mis días están contados; serán breves; mas serían felices, y yo moriría contento si tuviese la certidumbre de que cumplirás con tu deber.

—¡Padre!—exclamó Benvenuto con todas las energías de su alma—. ¡Padre mío! No sé qué prenda darle de mis serios propósitos; pero, si algo vale el juramento de un hijo arrepentido, y el juramento fuese necesario para tranquilizarle, yo le juro que dedicaré el resto de mis días a labrar la felicidad de mi hermana, pues sé que, al hacerlo, labraré también la de usted. Desde luego, estoy nuevamente admitido, por intercesión de Fiametta, como trabajador en la casa de don Ramiro. Yo sabré borrar, con mi conducta, las pasadas faltas, haciéndome digno de un padre tan bueno y de una hermana tan angelical.

—Confío en tus propósitos, y esa confianza reanima las decaídas fuerzas de mi espíritu. Hijo mío, levanto mi vaso brindando por nuestra incomparable Fiametta...

—Sí; ¡ por Fiametta! ¡ Por su felicidad y por la de usted!

Y al amor de la lumbre, padre e hijo, aquel hijo que había tenido hasta entonces el corazón dormido, se entregaron a los más enternecedores coloquios de dos almas completamente felices.

XIII

Benvenuto ha empezado ya a trabajar nuevamente en la hacienda de don Ramiro.

Poco a poco ha ido haciendo desaparecer las negras sombras que le envolvían a la vista de cuantos estaban enterados de su anterior proceder. A todos extrañaba que aquel joven, entregado a la disipación en otro tiempo, tan poco aficiona-

do al trabajo, sea ahora el más laborioso de cuantos sirven en la casa.

Día tras día, ha ido conquistando el afecto de los dueños y la confianza de los compañeros.

Fiametta está encantada al ver a su hermano tan radicalmente cambiado, y ni siquiera siente orgullo por haber sido su salvadora. Cree que esto es lo que debe hacer toda hermana que tiene la desgracia de encontrarse un día con que su hermano camina por extraviadas sendas. Y siendo una cosa tan natural, ¿por qué sentir orgullo? Satisfacción, sí; muy grande. Como la de aquel que ha cumplido con su deber. ¿Es bueno, es trabajador Benvenuto? ¿Está regenerado por completo? Pues éste era el único premio que esperaba Fiametta. Ya estaba pagada.

Dora, la fiel amiga, que conoce muy bien cuál fué la causa verdadera de la enfermedad de Fiametta, participa de la alegría de los dos hermanos que le profesan un profundo cariño fraternal.

Benvenuto ha llegado a ser el criado de confianza, y tiene el encargo de llevar la



—Hijo mío, levanto mi vaso brindando... (Pág. 71.)

dirección de los trabajos de la hacienda y, en las frecuentes ausencias del amo, es el verdadero administrador.

Por su parte, hace cuanto puede para que la casa prospere, y por continuar siendo digno del afecto que amos y criados le profesan.

Y cuando maduran los primeros frutos, obtenida de una vez para siempre la venia de don Ramiro, sale a la huerta acompañado de su hermana y de Dora, sube a los árboles y elige las frutas más sabrosas y las manda a su padre como obsequio que simboliza los más caros y dulces afectos del corazón.

Y don Severo es feliz, muy feliz, soñando en un día próximo en que, merced al trabajo propio y al de sus hijos, vivirá tranquilamente con ellos bajo el techo de una humilde casita, muy humilde, sí, pero propia : la casita de Fiametta.



...sube a los árboles y elige las frutas... (Pág. 74.)

EPILOGO

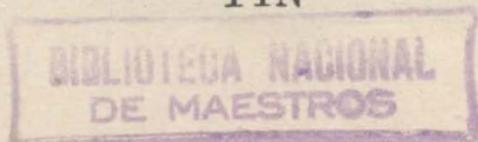
¿Cometeremos una indiscreción si anunciamos un próximo acontecimiento que cambiará por completo la situación de don Severo y de sus hijos?

¡ Si supieran ellos en estos instantes que la recompensa por sus trabajos va a ser incomparablemente mayor que la esperada! ¡ Ni siquiera han soñado en ella!

El autor sabe a ciencia cierta que don Patricio, postrado en el lecho, herido de mortal enfermedad, acosado por los remordimientos y dispuesto a reparar los daños causados, ha otorgado testamento nombrando heredero de la opulenta hacienda que un día logró poseer por malas artes en el juego, a su verdadero dueño: a don Severo Galliera.

Y esa hacienda es la finca denominada *La Rosetta*...

FIN



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.